

¡Oh Joab! ; que hicistes?
 ¡No lo merecia, no!
 Miraras qu'era mi hijo
 Engendrado en bendicion:
 Que quien le dala la muerte
 Me doblaba la pasion.
 Si era desobediente
 Yo le otorgara perdon:
 Si mi mandado cumplieras,
 Trujerásmelo á prision.
 ¡Oh madre, que tal pariste!
 ¿Cómo habrás consolacion?
 Rómpanse las tus entrañas,
 Rásguese el tu corazon:
 Llorémosle padre y madre
 El fruto de bendicion.
 «¡Oh filli mihi, filli mihi!
 »¡Oh filli mihi, Absalon!»

(Cancionero de Romances.—It. Segunda parte del Cancionero general, edicion de 1532.)

Las mismas observaciones que al del núm. 451 pudieran hacerse aquí; pero en este romance hay mas afectacion de ciencia, y ménos inspiracion que en aquel.

454.

LA PRESA DE JERUSALEN POR TITO.

(Anónimo⁴.)

La señora de las gentes
 Lloraba fuerte y plañia,
 Porqu'el emperador Tito
 De crudo fuego l'ardia.
 Aquellos sus fuertes muros
 Con pertrechos se batian;
 Las altas torres y casas
 Por el suelo las metian:
 El templo santo sagrado,
 Que ya Dios aborrescía,
 Deshacen por los cimientos;
 Su memoria perescía:
 Holocausto y sacrificios
 Ya del todo fenescian;
 Por el monte de Sion
 De sangre arroyos corrian,
 Y la sangre injusta y baja
 El fuego mas encendia.
 Aquellos hombres ancianos
 Que por las puertas se vian,
 Escritos los mandamientos
 La vida aquí consumian:
 Los mozos tan bien vestidos
 Que cantar himnos solian,
 D'ellos son descabezados,
 D'ellos esclavos venian.
 Las vírgenes delicadas,
 Su sangre y vida perdian;
 Las madres, de pura hambre
 Los propios hijos comian,
 Y despues por el cuchillo
 En pago d'ello morian.
 —¡Hijos de Jerusalem,
 En altas voces decian,
 El término traspasastes;
 La gloria vuestra es perdida!
 En todo el orbe mundano
 No terneis cierta guarida:
 Viviréis en vituperio
 Los dias de vuestra vida,
 Y por mas Dios ya no oiros
 De nubes cierra la via.
 No quiere ya sacrificios,
 Ya es vuestra oracion perdida,
 Porque al Justo condenastes
 Por malicia y por falsía.—

(Cancionero de Romances.)

⁴ Popular, pero artístico romance, inspirado al poeta por la sentida lectura de *Josefo*. Es sin duda anterior algunos años á la segunda mitad del siglo xvi.

455.

CRUELDAD DE UNA MADRE EN EL SITIO DE JERUSALEN POR TITO.

(De Juan de la Cueva⁴.)

La excelsa Jerusalem,
 Cuyo nombre vive escrito
 En la memoria del mundo
 Sin que lo borre el olvido,
 Cuando en su mayor nobleza
 Y con mayor poderio
 De Tito Vespasiano
 Fué cercada, y por el mismo
 Combatida de tal suerte
 Con un cerco tan prolijo,
 Que vinieron á tal hambre
 Los miserables judios,
 Que comian por regalo,
 Despues de haberse comido
 Todos los perros y gatos
 Y las bestias de servicio,
 Las suelas de los zapatos,
 Y el cuero en agua cocido,
 Las pajas del muladar
 De entre el estiércol podrido.
 Llegó á tanto la miseria
 Que pasó de lo que digo;
 Y así contaré un ejemplo
 Con que se apruebe lo dicho,
 Y vean, que por él solo
 Lo demas será entendido.
 Estaba en esta sazón
 Una mujer, que no escribo
 Su nombre, porque no es justo,
 Aunque anda escrito, escribillo,
 Mas borrando su memoria,
 Sepultallo en el olvido,
 Porque tan horrible hecho
 No fuera en el mundo escrito,
 Porque no fué el de Medea
 Ni el de Tulia tan maldito,
 Ni el matar Cila á su padre
 Por agradar al rey Minos.
 Esta inhumana mujer
 Luego que la guerra vido
 Comenzar, por mas seguro
 A Jerusalem se vino
 De un lugar donde vivia
 En estado y poder rico;
 A la cual, como aquejase
 La hambre, perdió el sentido,
 Y aun el amor natural
 Que el padre le debe al hijo,
 Cual esta inhumana fiera
 Con su propio hijo hizo,
 Que criándolo á sus pechos,
 Viéndose en mortal peligro,
 Por satisfacer su hambre
 Pospuso el amor debido,
 Y tomándolo en los brazos
 De la hambre enflaquecidos
 Que apenas podia tenello,
 Así dijo al tierno niño:
 —Hijo, dulce gloria mia,
 Regalo del vivir mio,
 Antes que seas del todo
 De esta hambre consumido,
 Tornad lo que recibistes
 De mí, de quien sois nacido,
 Y volveos á aquella parte
 Do fué de vos recibido
 El espíritu vital,
 Cuando fuistes concebido;
 Y así el vientre en que anduvistes,
 Por vuestro sepulcro elijo.—
 Esto diciendo, asíó del
 Con ánimo selvajino
 Instigada del furor

ROMANCES REFERENTES A LOS TIEMPOS DE GRECIA Y ROMA.

301

De los estigios ministros,
 Y con una fiera espada
 Al tierno hijo ha herido,
 Sin ser movida á piedad,
 Como madre, de oír sus gritos,
 Ni ver la inocente sangre
 Que le bañaba el vestido,
 Y le teñía las manos,
 Que los miembros ofendidos
 Le palpitaban en ellas,
 En el horrible martirio.
 Sin que el inhumano pecho
 Fuese á terneza movido
 Viendo abiertas las entrañas
 Del hijo de ella parido,
 Llena de furia rabiosa,

Ardiendo en furor estigió,
 Cortó un gran pedazo d'él,
 Y en un fuego que encendido
 Tenia, lo asó, y al punto
 Su cruel hambre satisfizo,
 Y lo demas que restaba
 Arrojó á los enemigos,
 Añadiendo yerro á yerro,
 Y un delito á otro delito.

(CUEVA, *Coro febeo*, etc.)

⁴ Vese aquí ya bien marcada la corrupcion y extravío del gusto noble de la buena poesia. Un asunto por sí terrible y lleno de interes, ahogado entre la afectada sensibilidad y pedantismo de un poeta de la última década del siglo xvi. Compárese este romance con el del núm. 454, mas rudo en verdad, pero bello y severo.

SECCION DE ROMANCES REFERENTES A LOS TIEMPOS MITOLOGICOS Y HEROICOS DE GRECIA Y DE ROMA.

ÉPOCA HEROICA DE GRECIA.

456.

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES EN SEVILLA, Y PREDICCIÓN DE LAS GRANDEZAS DE CÉSAR.

(De Lorenzo Sepúlveda.)

Hércules el esforzado
 Muchas lides ya vencidas
 A Sevilla la nombrada
 Hizo nueva venida,
 Que no era poblada entónces,
 Sino desierta y esquiva;
 Y visto el sitio y postura,
 Seis pilares le ponía
 Por señal para adelante,
 Adonde se fundaría.
 Encima de los pilares
 Una gran tabla muy fija,
 De mármol muy trasparente,
 Con letras que así decían:
 «Aquí será edificada
 La gran ciudad algun día.»
 En ella estaba pintada
 Una imagen á la antigua,
 Con un letrado en la mano
 Que hacía el Oriente mira,
 El cual decía d'esta suerte:
 «Hasta aquí llegado había
 Hércules el fundador,
 Esforzado en demasía:»
 Y estando de esta manera
 Aconteció de esta guisa,
 Que entre César y Pompeyo
 Grande contencion había,
 Cuando el Imperio Romano
 En su trono residía,
 Por lo que le fué mandado
 Que cada cual se despida
 Para ir á conquistar
 Los que contra Roma había.
 El uno va para Oriente,
 Otro á Occidente partía.
 Fuéles puesto plazo á entrambos,
 Si cada cual no venía
 A cabo de los cinco años,
 Que no se recibiría
 Jamas por emperador
 Si al plazo no se volvian.
 En los cinco el buen Pompeyo
 Todo lo mas congueria;
 Mas Julio César no pudo

Acabar esta conquista,
 Por lo cual muy enojado
 A los romanos envía
 Que le otorguen otros cinco
 Para acabarlo y dar cima,
 Lo cual le fuera otorgado,
 Y con aquesta osadía
 A toda España con armas
 En subjecion la ponía.
 Y llegan á aquel lugar
 Adonde dejado había
 Hércules aquella imagen:
 Admiróse en demasía,
 Y aunque estaba hecha piezas,
 Mandólas juntar de guisa
 Que se pudiesen leer
 Las otras que en sí tenia,
 Al cual no le pareciendo
 De allí mudado la había,
 Y en el lugar que es agora
 Hispalense le ponía
 Por nombre, como primero,
 Que antes así fué dicha,
 Por ser fundada en estacas
 De palos entretrejidas;
 Y de allí pasara á Cádiz,
 Que era hermosa á maravilla,
 Por ver las antigüedades
 Que de los gentiles fincan;
 En la cual hallara un templo
 De rica labor y prima,
 Que á Hércules dedicaron
 Por tenello en grande estima.
 Esculpidas allí estaban
 Imágenes de alta guisa,
 Entre las cuales estaba
 La de Alejandro, muy rica,
 Contrahecha al natural,
 Como si estuviera viva;
 La cual miró Julio César,
 Y d'esta suerte decía:
 —Siendo de cuerpo pequeño,
 Y tan feo en demasía,
 Has hecho tales hazañas
 Que todo el mundo temía;
 Pues yo, siendo tan hermoso
 Y de mas alta medida,
 ¿Por qué no te imitaré
 En hechos y valentía?—
 Y en aqueste pensamiento
 A su posada se iba,
 Y en aquella misma noche
 Sin gran sueño soñaría
 Que él empreñaba á su madre,

Del cual turbado se había.
Mandó llamar á un gran sabio
Que de planetas sabía;
Preguntóle le dijese
Lo que significaría.
El Astrólogo responde,
Y el sueño le descubria:
Que su madre era la tierra
Porque la sojuzgaria,
Y que había de ser monarca,
Que todo lo mandaria.
Así se cumpliera el sueño
Como sabemos hoy día.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

437.

PERSEO LIBERTA DE LA MUERTE Á ANDRÓMEDA.

(De Juan de la Cueva.)

Aquejado de los dioses
El triste Cefeo andaba,
Sin hallar remedio alguno,
Ni vía, aunque la buscaba,
Para que tantas desdichas
Acabasen, cual pasaba.
Determina querellarse
A los dioses que adoraba,
Y entrando en el templo, á Jove
De esta suerte con él habla:
—Oh gran hijo de Saturno,
Que en el celestial alcázar
Habitas, á quien la suerte
Entre los dioses fué dada
De ser entre todos ellos
El que mas puede y mas manda!
¡Oh tú, que al terreno suelo
El ardiente rayo lanzas,
Que á los soberbios castiga,
Cual á la terrestre escuadra,
Y desde tu impíreo asiento
De los hombres ves las causas,
Y con justicia inviolable
Son por tí determinadas;
En la cual vengo seguro,
Y postrado ante tus aras!
Suplico á tu gran deidad
Respuesta se me dé clara,
Que me aclare, deshaciendo
Las nieblas de mi ignorancia,
¿Qué delito he cometido
Contra tu majestad alta,
Por el cual tu fiero brazo
De castigarme no alzas,
Con tan diferentes males,
Que ya las fuerzas humanas
No pueden compadecellos
Y la paciencia se acaba,
Porque si la culpa es mía,
Con la enmienda satisfaga
El yerro, y con sacrificios
Aplaque tu ira brava?—
En diciendo esto, Cefeo
Con tiernas lágrimas baña
La peña del altar,
Que ella y la estatua temblaban.
Comenzó á temblar Cefeo,
Y el esfuerzo y voz le falta;
Gime, y lleno de pavor
El cabello se le alza,
Y el fin del portento horrible,
Aunque temeroso, aguarda.
Y así, estando sin aliento,
Ni poder hablar palabra,
Vió que el ídolo de mármol,
Moviéndose, así le habla:
—No me ofendes tú, Cefeo,
Ni tengo contra tí saña,

Ni yo me quejo de tí,
Aunque á tí el daño te alcanza,
Y en mas serás ofendido
Si la venganza dilatas,
Porque son las ofendidas
Las diosas y ninfas sacras,
De Casiopea tu esposa,
Que blasfemando se alaba
Que excede en belleza á todas,
Y á Juno, mi esposa amada.
De esto se ha ofendido el cielo
Contra tí y contra tu casa,
Y si quieres dar remedio,
Uno solo el daño ataja,
Y es: que Andrómeda tu hija
Sea al mar sacrificada
Atándola en una peña,
Para que una bestia brava
La despedace, y con esto
Será tu pena acabada;
Y si no, mayores males
De los que has visto te aguardan.—
Cesó el ídolo, y Cefeo
De la respuesta se espanta.
Quedó suspenso y temblando,
En el cuerpo helada el alma,
Sin saber qué responderse,
Ni qué sobre el caso haga;
Que el apremio le compele,
Y el amor de padre le ata.
Estando en aquesta duda,
En ella dando mil trazas,
Metido en mil confusiones,
Con mil congojosas ansias,
Poniendo el caso en razon,
Aunque en tales casos falta,
Se dispuso al crudo hecho
Sin mas reparar en nada,
Por acabar sus desdichas,
Pues de aquel modo acababan,
Ofreciendo la inocente
Por redimir la culpada.
Fué do está la bella virgen
Libre de culpa, y no salva
De la rigurosa pena
A que estaba condenada,
A la cual le dice el padre
Con ánimo, aunque con lágrimas
—Hija Andrómeda, no es tiempo
De usar de razones largas:
La muerte te está aguardando,
Y el hado á morir te llama;
Que el oráculo de Jove
Me dice que así se aplaca
Su ira, y nuestra miseria
Con tu muerte se repara.—
Andrómeda, oyendo al padre,
Pierde el color y la habla,
Y quedándose suspensa
Mirándole, se desmaya.
Cógela el padre en sus brazos
Deshaciendo sus entrañas
En llanto, y la triste madre
Despavorida y turbada,
Caida sobre su hija
El hermoso rostro rasga,
Dando voces contra el cielo,
Que tan dura cosa manda.
Vuelve Andrómeda en su acuerdo,
El padre la lleva y ata
A una roca, junto al mar,
Donde le mandó la estatua.
Dejóla allí el padre cruel,
Con fuertes nudos atada,
Y pónese desde afuera
A ver el fin, y en qué para,
Do la madre y los parientes
El triste suceso aguardan.
Vueltos los ojos al cielo,

La bella virgen turbada
Se querellaba del padre
Y de la madre, se agravia,
De los dioses soberanos,
Porque así la castigaban
A ella, sin tener culpa,
Con pena tan inhumana.
Perseo venia rompiendo
El aire, con prestas alas,
De dar la muerte á Medusa,
Y su cabeza cortada
Traía llena de sierpes,
En que Minerva enojada
Porque profanó su templo
Volvió las hebras doradas,
Y como oyó los gemidos
De Andrómeda, el curso para,
Y viendo su hermosura
Ser diosa creyó sin falta;
Mas certificado bien
Ser mujer, el vuelo abaja,
Y puesto junto con ella,
Ya de amor presa su alma,
Aunque dudoso al principio
De amor, que las lenguas ata,
Le dice: —Dime, ¿quién eres?
¿De qué tierra? ¿Y por qué causa
Te tienen de aquesta suerte
Desnuda, á esta roca atada?—
Quedó de oír á Perseo
Andrómeda avergonzada,
Y no pudo responder
Del frio miedo, palabra;
Y de vergüenza y temor
Nuevas lágrimas derrama,
Y levantando los ojos
Bellos, cubiertos de agua,
Le responde así á Perseo.
Que su respuesta aguardaba:
—¿Qué quieres, jóven aligero,
Que te diga, si me falta
El espíritu, y la voz
Se me muere en la garganta?
Y cuando decir pudiera
Todo lo que me demandas,
Tengo tan cerca la muerte,
Que el poderlo hacer me ataja;
Y es tanta mi desventura
Que con ser, ¡ay suerte infanda!
Hija del gran rey Cefeo
Que esta tierra que ves manda,
Por la culpa de mi madre
Soy á muerte condenada,
Porque dijo contra Juno
Y contra las ninfas sacras
Hijas del gran dios Nereo,
Que en el mar tienen su estancia,
Que les excedía en belleza
A todas, y d'esto airadas
Mandaron ponerme aquí
Para ser despedazada
De un fiero monstruo marino
Que en mí vengará la saña
De la diosa y de las ninfas,
Sin ofenderles yo en nada.—
Estando en esto, el mar sesgo
Se conmueve, altera y alza,
Y por cima de sus ondas
Se muestra una bestia brava
Haciendo espantable estruendo
Que horrible pavor causaba.
Cuando Andrómeda la vido,
La voz llorosa levanta
Significando su miedo,
Y á los tristes padres llama,
Los cuales despavoridos
Acudieron, y lloraban
Su muerte, viendo la bestia
Que las ninfas enviaban.

Perseo, que sobre el mar
Con prestas alas andaba,
Les dice: —Mejor consejo
Que llorar, pide esta causa;
Que á las fieras no enternece
El llorar, ni las amansa;
Mas si quereis que sea libre
Vuestra hija, séame dada
Por mujer; y no entendáis
Que la casais mal casada,
Que soy hijo del dios Jove,
Y por mí es descebezada
Medusa, cuya cabeza
Traigo, y puedo con mis alas
Volar por el alto cielo,
Cual veis la experiencia clara;
Y si me la prometeis
Será por mi brazo salva
Del riesgo en que está, y conmigo
Vivirá en paz sosegada.—
Oyendo aquello, á Perseo
Los padres le dan palabra
Que sería su mujer,
Siendo por él libertada,
Con la mitad de su reino
Que por dote le señalan.
A este punto, ya la fiera
Bestia al puerto se acercaba,
Tan grande como un navio,
Y aprieta el agua rasgaba
Para comer la doncella,
De la cual ya cerca estaba.
Perseo con presto vuelo
Sobre las nubes se alza,
Y andábala rodeando
Por entralla descuidada;
Y así, cuando mas segura
La vió, encima de ella salta,
Y hasta la empuñadura
Le esconde la fuerte espada.
La bestia con el dolor,
Revuelve, y hácele cara;
Perseo se da tal priesa
Que la turba y desbarata,
Y así se esconde unas veces,
Y otras el pecho levanta
Sobre las revueltas ondas
A satisfacer su rabia.
Perseo no le da espacio,
Porque unas veces la llaga
Por el vientre, otras el lomo
Con la aguda punta pasa,
Otras le hiere el costado
Y las entrañas le rasga.
El monstruo con tantos golpes
Sangre por la boca lanza
Muy aprieta, con que tiñe
En sangre todas las aguas.
Mientras Perseo y el monstruo
Andaban en su batalla,
Los padres con oraciones
A Júpiter suplicaban
Diese vitoria á Perseo
Contra aquella bestia airada.
Subieron sus rogativas
Al cielo, y su ira aplacan
Los dioses, dando vitoria
A Perseo en su demanda.
El cual, teniendo ya muerto
El monstruo, el mar deja y salta
En tierra, y llega á la roca
Do Andrómeda estaba atada;
Rompe las fuertes prisiones,
Y d'ella la libra y saca,
Y entrégasela á sus padres;
Llévanla á su real casa,
Donde llegado Perseo
Con Andrómeda se casa,
Y con alegre himeneo

La boda solemnizaban
Los deudos del rey Cefeo,
Y los que el reino mandaban.
Estando en este contento
Se oyó un ruido de armas
Dentro en el real palacio,
Y vió la gente alterada,
Porque venía Fineo,
Tío de la desposada,
A dar á Perseo la muerte,
Porque siéndole á él mandada
La desposaban con él;
Y por esto ardiendo en saña
Contra Perseo se puso
Blandiendo una fuerte lanza,
Diciendo: — ¡Agora veré,
O Perseo, por qué causa
Te casas tú con mi esposa,
A mi siéndome quitada!
No te librarás de mí,
Ni agora te valdrá nada
La cabeza de Medusa
Por quien adquieres tal fama;
Ni el ser Júpiter tu padre,
Ni ser Minerva tu hermana. —
Iba á tirar, y Cefeo
Le dice: — ¡Oh loco! no hagas
Tal cosa, que del gran Jove
Por mujer le fué entregada,
Como aquel que la libro
Del mortal paso en que estaba,
Del cual ni tú la libraste,
Ni saliste á la demanda;
Antes, cuando él combatía,
De lejos la lid mirabas,
Y lo que tú hacías llorando
El hacia con la espada,
Y agora que la ves libre
Sales por ella á la causa. —
Fineo miró á Cefeo
Airado, y de sí lo aparta,
Y tira la lanza fiero,
Ea cual hincada, en la cama
Quedó blandiendo, y Perseo
Puesto en pié, de allí la arranca.
Tornándose á tirar,
A Reto con ella enclava
Por la frente, y cayó muerto,
Cuya muerte los ensaña
A cuantos había en la boda;
Y así las armas tornaban
Para matar á Perseo
Y á su suegro, y de esto tratan.
Pálas, cuando vió á su hermano
En tal riesgo, al suelo baja
A darle favor y ayuda
Contra la soberbia escuadra,
En la cual hizo Perseo
Cruel estrago y matanza,
Que si quisiese dar cuenta
Sería cansar contalla,
Decir los que allí murieron,
Porque del mal poco basta.
De toda la multitud
Solo doscientos quedaban
Vivos, y estos fueron vueltos
En piedra, ellos y las armas,
Mostrándoles la cabeza
De Medusa, y con voz alta
Fineo á Perseo ruega
Que cese ya su venganza,
Viendo muertos á los unos
Y á los otros que mudaban
Sus formas, y en piedras vueltos
Quedaban hechos estatuas;
Y decíale llorando
Que de su yerro fué causa,
No odio, ni enemistad,
Sino amor, como el que amaba

A Andrómeda, en cuyo fuego
Tenía abrasada el alma.
Perseo le ataja, y dice:
—Yo te doy mi fe y palabra,
Que no mueras por tu yerro,
Con hierro. — Y al punto saca
La cabeza de Medusa,
Y de la suerte que estaba,
Hincado ante él de rodillas,
Se convirtió en piedra helada,
Que quedó allí por memoria
De Perseo y de su hazaña.

(CUEVA, Coro febeo.)

458.

JASON Y EL VELLOCIÑO.
(De Lorenzo Sepúlveda.)

De Grecia parte Jason,
A Colcos lleva su via
A ganar el Vellocino
De que gran honra adquiria.
Navegando con su armada
A Lemos llegado habia,
Do era reina Hisifile,
De muy grande lozanía.
Viendo á Jason tan hermoso,
Con gran amor le acogia;
Enamorabase dél,
Hácele mucha caricia.
Gran tiempo gozaron juntos
Del amor que se tenían.
Jason se partia á Colcos,
Hisifile triste finca:
Consolábala Jason,
Con lágrimas le decia:
—No vos asustéis, señora,
De mis ojos alegría,
Que el corazón me revienta;
La vuestra congoja es mía.
Muy aina será mi vuelta;
Los dioses por bien lo habrían. —
Hisifile respondió:
—¡Oh Jason! como la vida
Perderá este triste cuerpo
Cuando vea tu partida;
Temo de perder tu amor,
Que en olvido me pornias,
Ó por alguna extranjería
Tú á mí me olvidarias. —
Las lágrimas como perlas
Corrian por su mejilla,
Una con otra sus manos
Apretado las habia;
—¡Por mis dioses, dice él,
Que no te olvidaría;
Contrarios á mi sean ellos,
Fortuna, amor me persiga,
La mar con sus recias ondas
En mis naves todas firan
Hasta echarme en el profundo
Si mi alma á ti te olvida! —
Con aquestos juramentos
Por segura se ternia;
Mas despues que d'ella parte
Y Medea lo prendia,
Jamás d'ella se acordó;
En olvido la ponía.
Hisifile lamentaba
Y con lágrimas plañía;
Quejábbase de Medea,
De su Jason maldecía,
Que olvidara las mercedes
Que d'ella recebia,
Diciendo: — Una extranjería
Me robó mi alegría;
Llévome lo que yo amaba,

Sin pesar á mí me heria
Mi enemigo Jason:
En lo contemplar moria. —
(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

459.

PASIPHE.

(De Juan de la Cueva.)

Ausente estaba el rey Minos
De Creta en negocios graves,
Y Pasiphe su mujer
En ciegos amores arde
De un toro, que al dios Neptuno
Minos no quiso matarle,
Habiéndole prometido
En su altar sacrificarle
Lo primero que á su vista
Se le ofreciese ó mostrase;
Y como viese este toro
Lo primero, y le agradase
Su grandeza y hermosura,
Codiciólo para padre
De sus vacadas, y diólo
Para que allá lo llevasen,
Y sacrificó á Neptuno
Otro, en lo cual le desplace;
Y encendido d'esto en ira
Neptuno, dió en castigalle,
Y qu'el mismo toro fuese
Instrumento de vengarse;
Y así dando cuenta á Vénus,
Que siempre tenia delante
La ofensa qu'el Sol la hizo
Cuando ayuntada con Marte
Manifestó á su marido
El caso, y mostró la parte
Donde juntos Marte y ella
Gozaban de amor suave,
Y fueron cogidos ambos
En el adulterio infame,
La diosa, madre de Amor,
Qu'en el tercer cielo arde,
Viendo tan buena ocasion
Para vengar su coraje,
Y que redunde el castigo
En todo el Febeo linaje,
Por dar venganza á Neptuno,
Y que á ella el Sol le pague
El afrenta recibida
Por él, porque no se alabe,
Hizo á la Reina Pasiphe,
Mujer de Minos, que ame
Al toro, que su marido
Mandó que se le guardase;
Y así, fuera de juicio,
Del límite humano sale,
Y se abraza entre sí mesma,
Se consume y se deshace,
Sin hallar ningun remedio
Que su ardiente fuego aplaque.
¡Oh fiero, oh infando amor!
¿Quién hay que te crea, ni agrade,
Conociendo tus efectos?
¿Mas quién hay á quien no mandes,
Si vemos aquí una reina,
Hija del Sol, abrazarse,
No de un hombre, mas de un bruto,
En cuyo amor bruto arde?
Olvidado el claro honor,
Su nobleza y real sangre
Rompe con libre osadía
Por cien mil dificultades
Que le pone la razon,
Para abstenella, delante,
Y que á tener libre el juicio
Cualquiera fuera bastante.

T. X.

Mas do predomina amor
No hay razon que sea importante,
Porque en su feria es la cosa
Que ménos se estima y vale;
Pues la sinrazon ayuda
A que la razon acabe,
Y que prevalezca y pueda
La inorancia, y que se ensalce
Ea inhumana tiranía,
Y que sus fueros ensanche,
Usando amor d'este nombre
Haga las maldades que hace
Poniendo en dura opresion
A los míseros amantes,
Que por un fingido gozo
Que cual sombra se deshace,
Lleguen á tan ciego extremo
Cual Pasiphe, que se alargue
A querer un animal
En quien razon ni amor cabe,
Y con terrible desórden
El órden procure y trace
Para poder gozar d'él
Sin que cosa se lo aparte.
Y porque venga en efeto
Su deseo abominable,
Perdido el miedo y vergüenza,
Sin ella osó declararse
A Dédalo, un carpintero,
Pidiéndole que inventase
Arte alguna con que puedan
Ella y el toro juntarse,
Prometiéndole por ello
Aquello que al que mas sabe,
Aunque mas mire por sí,
Suele hacer que resbale,
Y aun que caiga, que en sus lazos
Son pocos los que no caen;
Que el oro es tan poderoso,
Que solo su nombre hace
Que se traspasen los fueros,
Y lo mas fuerte se ablande;
Y los mas sublimes montes
Sin dificultad se pasen:
Efetos son de codicia,
Que aunque es torpe á muchos trae
Sujetos, y pocos huyen
De sus conocidos males.
D'esta codicia tocado
Dédalo, sin que repare
En la fe que debe á Minos,
Le dice qu'él dará arte
Cómo en carnal acto puedan
El toro y ella juntarse.
Satisfizose la Reina,
Qu'el mal presto satisface,
Y mandóle con promesas
Que de la obra se encargue,
Sin que la ejecucion d'ella
Un solo momento aguarde.
Dédalo con toda prisa
Sin que punto en ello alargue,
Puso en la obra las manos,
Y con la prisa importante
Que demandaba el cuidado
De la Reina, que se arde,
Fabricó una bella vaca
De madera, y para dalle
La perfeccion conveniente
Para que el toro se engañe,
La cubrió con una piel
De otra vaca, con tal arte,
Que no se diferenciaba
Si era viva ó si era en talle;
Y á la frenética Reina
Se le presentó delante.
La cual, viéndola acabada,
Porque su fuego acabase,
Mandó qu'el toro trujesen

20

Para al hecho dar remate,
Que no la dejaba fuerza
Del deseo, que descansa.
Dédalo, en viendo el toro,
Como el qu'el secreto sabe,
Por un lado de la vaca
Una sutil puerta abre,
Que artificialmente hizo
Por donde la Reina entrase,
Que luego que la vió abierta,
Sin que nada la acobarde,
Dentro en la vaca se arroja.
¡Oh hecho bestial! oh infame
Mujer, que un torpe apetito
Puede á tal yerro arrojarte!
Encubre tu rostro, Apolo,
No veas la qu'engendraste,
Cómo abominablemente
Con su bruto tiene parte.
El cual, en viendo la vaca,
Engañado con tal arte,
Satisfizo su deseo
Con la Reina, y satisfacen
Entrambos sus apetitos,
Igualmente irracionales.
Quedó d'este ayuntamiento,
Porque su maldad se cante,
La monstrifera Pasiphe
Preñada. ¡Oh caso admirable!
Que cumplidos nueve meses,
Un monstruo parió espantable,
Qu'el medio cuerpo era de hombre
Y de toro la otra parte,
Que llamaron Minotauro,
Que comia humana carne.

(CUEVA, *Coro febeo*, etc.)

460.

TESEO Y EL MINOTAURO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Súbditos son los de Aténas,
A Minos son tributarios:
Hombres le dan por rehenes,
Que comiese el Minotauro.
Juntáronse un día todos;
Suertes habían echado
Cuál sería aquel que fuese
Manjar de monstruo tan malo.
Cupo la suerte á Teseo,
Un varón muy esforzado:
En prisiones le pusieron
Para ser al monstruo dado.
Mucho lo quiere Ariadna,
Remedio le había buscado
Para librarlo de muerte.
A Dédalo había rogado,
Pues era tan ingenioso,
Manera le haya dado
Como sea libre Teseo,
Y sea muerto el Minotauro.
Dédalo fuera á la cárcel,
Donde estaba aprisionado:
Dióle una maza de hierro,
D'ella tres nudos colgando,
Y tres pelotas de sebo
Qu'él había conficionado.
Que vaya de noche á oscuras
A Teseo ha aconsejado;
De todo lo que ha de hacer
Muy bien le había informado.
Otro día fué Teseo
Al Laberinto llevado:
Ató su hilo á la puerta,
Como ya estaba avisado.
Entró por el Laberinto;
Do estaba el monstruo ha llegado.
El cual se levantó luego

Muy ferocísimo y bravo;
Arremetió hácia él,
Muy reciamente bramando.
Quisolo despedazar
Como á los que allí han entrado;
El le arrojó las pelotas;
Al traves ha dado un salto,
Metióselas en la boca,
Con ella le ha embarazado;
Hiriéralo con la maza,
Muy buena maña se ha dado;
Diérale tantos los golpes,
Que muerto lo ha derribado.
Después de haber hecho aquesto,
Por el hilo se ha tornado;
Salióse del Laberinto
Muy alegre y consolado:
Así quedó Aténas libre
De tributo tan pesado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

461.

MUERTE DE SCILA, HIJA DE NISO.

(De Juan de la Cueva.)

Cercado tenía el rey Minos
A Niso, rey de Megara,
En Alcatoe su ciudad,
Que no podía ser ganada,
Por el cabello hadado
Que Niso tenía en su guarda;
Que en tanto que en su cabeza
Durase, segura y salva
Era la ciudad de riesgo,
Y así, aunque rodeada
La tenía Minos de gente,
Por tomar cruda venganza,
Porque á su hijo Androgeo
Lo habían muerto sin causa,
Sin temor de sus combates
Niso en su ciudad se estaba,
Mirando cuán sin efecto
La virtud fatal contrasta
Minos, en hacelle guerra,
Pues su cabello lo ataja.
Cuidoso el rey Minos d'esto,
Viendo que ni fuerza basta,
Ni ardid de guerra ninguno,
Que en la ciudad le dé entrada,
Un día se llegó al muro
La visera levantada,
Tendida por él la vista,
Midiendo las torres altas,
Tanteando adónde y cómo
Podría arrimalle escalas,
Para que entrar pueda dentro,
Y acabar guerra tan larga.
Minos, ocupado en esto
Mil modos y vías traza,
Para que el foso se pase
Y el fuerte muro se bata.
Scila, la hija de Niso,
Que el campo mirando estaba
En una torre subida,
De amor libre y descuidada,
Vió al rey Minos, para ver
Su destrucción y su infamia,
La dura muerte del padre
Y ruina de su patria.
Luego el rigoroso amor
Que tiraniza las almas
Y oprime los corazones,
Que mas libres dél se apartan,
Volvió el corazón á Scila,
Y con tal fuerza lo abrasa,
Que encendida en el rey Minos
Ciega á su amor se abalanza,

462.

APULEYO CONVERTIDO EN ASNO.

(De Juan de la Cueva.)

De Corinto fué á Tesalia
El sabio Lucio Apuleyo,
A procurar quien le enseñe
Los admirables secretos
De la mágica y su arte,
Habiéndole dicho d'ellos
Que vuelven atrás los ríos,
Y cuajan el mar violento;
Que hacen morir los aires,
Y al sol fijarse en el cielo;
Que se arranquen las estrellas,
Y á Cintia dejar su cerco;
Que se asconda el claro día,
Y la noche enfrene el vuelo;
Que hablen los animales,
Y le respondan los muertos,
Y así cosas de esta suerte
Que aunque le pusieron miedo,
Por ser sobrenaturales,
Le encendieron en deseo
De ver tantas maravillas.
Y disponiéndose al hecho,
Con euidado y diligencia
Fué dentro en Hipata puesto,
Que era la ciudad mas noble
Que había en todo aquel reino,
Donde florescia esta ciencia,
Que buscando iba Apuleyo,
Para dar memoria al mundo
De su admirable suceso,
Y á los que tan malas artes
Siguen, con su daño, ejemplo.
Luego que en Hipata estuvo,
A Milon fué á buscar luego,
Al cual le traía una carta
De Demeas, su amigo estrecho;
Por la cual le encomendaba
A Lucio su compañero,
Que lo hospedase en su casa,
Y tratase cual á él mismo.
Vista de Milon la carta,
De su amigo aceptó el ruego,
Y en su casa hospedó á Lucio,
Regocijado y contento;
Donde habiendo algunos días
Que estaba alegre y quieto,
Amor, que en el daño humano
Siempre está á punto y despierto,
Encendió á Apuleyo el alma
Y en sujeción puso el cuerpo,
De una moza que servía
En casa, á la cual sujeto,
Determinó de dar cuenta
De su apasionado extremo;
Que las pasiones de amor
No reposan en el seno,
Que mal se puede encubrir
La centella de su fuego,
Que los ojos ó la boca
Brotan el mal que está dentro.
Así Lucio enamorado
Procurando su remedio,
No pudiendo encubrir mas
El amoroso veneno,
Que de noche y día le andaba
Basqueándole en el pecho,
Dejando el miedo á una parte,
Que en el que ama no es bueno,
Viendo que estaba Andria sola
Unos pasteles haciendo,
Sentada á la chimenea,
Medios brazos descubiertos,
Sobando un bastón de masa,
Por los hombros los cabellos,

(CUEVA, *Coro febeo*.)

Y como se menease,
Se le esparcían por el cuello,
Encendido de su amor,
Pareciéndole buen tiempo
Para descubrirle el alma,
Así le llegó diciendo:
—Andria, si el dolor que sufro
Pudiera decir, yo entiendo
Que quedaras satisfecha,
Quedando yo satisfecho;
Mas túrbame amor la lengua,
Como á enamorado nuevo,
Que solo con presunciones
Doy á entender mi tormento,
Y quiero que lo adivines,
Teniéndolo yo secreto,
Y que de mí entiendas claro
Lo que yo á decir no acierto;
Que el no acertar á hablar
Es de enamorados tiernos,
Y las pasiones de amor
Turban la lengua y el seso,
Cual á mí, que ha tantos días
Que ardiendo en este deseo,
No ha habido valor en mí
Para decirte que peno
Por tí, y que por tí buigo
Todo lo que da contento,
Pues ninguno me lo da
Si no es cuando á tí te veo,
Cuyos regalados ojos,
Frente, boca, cuello y pecho,
Me traen rendido á decirte
Que de tí apartando el ceño,
Dés lugar á mi razón,
Y á mi padecer el premio.—
Andria se volvió á mirallo,
Y díjole así riendo:
—No estás bien en la cocina,
Amigo Lucio Apuleyo,
Que demas de ser lugar
Indecente, corres riesgo,
Si tú vienes encendido
Venirte acercando al fuego;
Que si el de la chimenea
Y el tuyo se juntan, temo
Que se ha de quemar la casa,
Sin que tengamos remedio,
Y mas, si acude una parte
De lo mucho que yo tengo,
Verás arder una esfera,
Un Etna y un Mongibelo,
Sin que lo pueda apagar
Nadie, sino yo que puedo.
Y dejando estas razones,
Vete, porque yo no quiero
Que Pánfila mi señora
Te halle en aqueste puesto,
Que de solo imaginallo,
Hablando contigo tiemblo,
Porque es tan gran hechicera
Que con hojas de beleño,
Y con unas pedrezuelas,
Y unas planchuelas de acero,
Hace cosas, que en Tesalia
Son contadas por misterio.
Yo esta noche iré sin falta
A hablarte á tu aposento,
Donde te diré despacio
Las cosas que hacer le veo,
Y mas agora que anda
Pérdida tras un mancebo
Que la desdénia, y la huye,
Y ella ardiendo en amor ciego
Se muda en varias figuras,
Para vengar su desprecio.—
Rióse Andria, y tapóse
El rostro, en diciendo aquesto,
Y Apuleyo le replica:

—Eso es lo que yo deseo,
Verle hacer esas cosas,
Y por solo verlas vengo:
Así, Andria mia, querida,
Da órden que yo vea eso,
Que no habrá cosa en el mundo
Para mí de mas contento.—
Andria le dijo: — Anda vete,
Que á Pánfila venir siento,
Y aguardame cuando digo,
Que eso y lo demas ten cierto.
Apuleyo dió la vuelta
Porque no lo vea huyendo.
Entró Pánfila, y Milon
Pidiendo de cenar luego,
Llamó Milon á su huésped,
Que salió su voz oyendo,
Y puesto en conversacion
Mil cosas trató con ellos;
Aunque Pánfila callaba
Fingiéndose estar durmiendo,
Recostada sobre el brazo,
De cuando en cuando gimiendo,
A veces hablando bajo,
Y á veces hablando recio,
Con mal formadas razones,
En confuso y ronco estruendo
Hiriendo á veces la tierra,
Y á veces hablando al cielo,
Volviendo en blanco los ojos,
Extremeciéndose el cuerpo,
Retorciéndose las manos,
Con la boca haciendo gestos.
Milon, que vió á su mujer
Así, le dijo á Apuleyo,
—Este es mal de corazon,
Segun que dicen los médicos,
Mas ellos saben tan poco
Que en todo hablan á tiento,
Que en no sangrando ó purgando
No saben hacer remedio.—
Esto diciendo Milon,
Pánfila volvió en su acuerdo,
Con semblante pavoroso
Aunque se sosegó presto,
Y limpiándose el sudor
Al huésped miró riendo
Que de ver que lo miraba
No le alcanzaba el resuello.
A este punto llegó Andria
Con la cena, y puso luego
La mesa, y sentados todos,
Con ella acabó su duelo,
Satisfaciendo á sus vientres
Ceres y el padre Liéo,
Volviendo su pesadumbre
En alegre pasatiempo,
Y el desmayo en trisca y risa,
Y en chacota su silencio.
Ya la luz del claro día
Ausente de este hemisferio,
Dejaba entrar las tinieblas
Por el ausencia de Febo,
Y convidan á entregarse
Al blando y sabroso sueño
A los hombres y animales,
Las lumbres y astros del cielo,
Cuando dejando la mesa
Todos, á dormir se fueron,
Dando á entender que la hora
Les convidaba á hacello,
Que era lo que deseaban
Pánfila y Lucio Apuleyo,
Ella para usar su arte,
Y él para aplacar su fuego,
Que aquejado de su fuerza
No le dejaba quieto,
Aguardando la venida
De Andria, cual fué el concierto,

En cuya imaginacion
Todo ocupado y revuelto,
Acusaba su tardanza,
Con no tardarse momento;
Cosa cierta en los que aman
Desesperalles el tiempo,
Y estar contando las horas
Y los minutos midiendo,
Temer y desconfiar,
Recelar de lo mas cierto,
Cual Lucio Apuleyo estaba
Entre amor, sospecha y miedo,
Temiendo si está olvidada
Andria, ó si la ocupa el sueño;
Si aceptó burlando dél
Su venida, ó si fué yerro
Suyo, y no promesa d'ella,
Pues no estaba ya en el puesto.
Estando en este cuidado
Llegó Andria, y tocó quedó
La puerta, cuan quedo pudo
Con las puntas de los dedos,
Que no fué menester mas
Para abrirse, y entrar dentro;
Que á dispuesta voluntad
No impide fuerza de hierro.
Cuando Apuleyo la vió,
Vió de amor el cielo abierto;
Echóle en torno los brazos
Del inhiesto y blanco cuello,
Y ella con semblante alegre
Lo inclinó en su hombro izquierdo;
Y así juntos él y ella,
Algun espacio estuvieron:
Mas viendo que se pasaba
De la noche el curso presto,
Y que ya tenia ocupado
El medio espacio del cielo,
Guiados del ciego amor,
Y de su ardiente deseo,
A dar fin á su cuidado
De un acuerdo ámbos se fueron,
Adonde acabaron cosas,
Con tan alegre comienzo,
Que el amor lleno de envidia
Como instable y sin gobierno,
Remuneró al ciego amante
Con diferente suceso,
Volviéndole de hombre en bestia
Por un modo extraño y nuevo,
Que no se cuenta de Circe
Haber tal mudanza hecho,
Ni usar tal trasformacion
El marino dios Proteo.
Pasáronse algunos días
Que Lucio alegre y contento,
Con Andria se regalaba
En alegres pasatiempos,
Aunque siempre deseoso
Que le mostrase el efecto,
Que Pánfila hacia con yerbas
Con piedras y con unguentos,
Con formas de alambre y barro,
Con sus razones y apremios,
Pues su principal venida
Era solamente á aquello.
Andria, que no se olvidaba
Del deseo de Apuleyo,
Con diligencia y cuidado
Buscaba ocasion y tiempo
Con que á Pánfila pudiese
Ver Lucio, libre de riesgo:
Y así viendo que una noche
Pánfila tenia aderezo,
Para dejando su forma
Vuelta en buho alzar el vuelo
A procurar á su amante,
Que con desden y desprecio
Correspondia á su amor,

A su pena y llanto eterno,
Y volallo por el aire
Si no acudiese á su ruego,
Andria vino adonde estaba
Lucio, que avisado d'esto
Le pidió que lo llevase
Adonde pudiese vello.
Fué por ella obedecido
El mando dél, y así luego
Yéndolo guiando ella,
Con pasos blandos y quedos
Llegaron ámbos á dos
Con la oscuridad cubiertos
Adonde Pánfila sola
En un cerrado aposento
Estaba, con muchas lumbres
Mil caracteres haciendo,
Vestida de un cendal blanco,
Suelos todos los cabellos.
Pusiéronse Andria y Lucio
A ver por los agujeros,
Y víéronla desnudar
De todos sus aderezos,
Y quedar en carnes vivas
Haciendo cien mil meneos,
Hablando unas veces ronco,
Otras pavoroso y recio.
Abrió un arca, y sacó d'ella
Muchas bujetas de unguentos,
Y púsolas junto á sí,
Metiéndose ella en un cerco,
Y con el unguento de una
Se untó apriesa todo el cuerpo,
Desde la planta del pié,
Hasta encima del cabello,
Diciendo algunas palabras:
Luego que esto tuvo hecho,
Se comenzó á sacudir
Apriesa todos sus miembros,
De los cuales poco á poco
Plumas le salieron luego,
Y le crecieron las alas,
Y le salió un pico tuerto;
Las uñas se le encorvaron,
Quedando un buho perfecto:
Comenzó en su triste canto
A cantar, y echando el vuelo
Se salió por la ventana,
El veloz aire midiendo.
Lucio, que estaba mirando
El caso, quedó suspenso,
Sin poder hablar palabra
En grande espacio, de miedo,
Entendiendo que sin duda,
Aquello que vió era sueño.
Y al cabo de estar así,
Ya que recobró su acuerdo,
Le rogó á su amada Andria,
Que con aquel mesmo unguent
Con que Pánfila se untó,
A él lo untase al momento,
Porque vuelto en buho fuese
Tras ella, á ver tal misterio.
Andria le dió por respuesta:
—¿Para qué me pides eso?
¿Quieres que yo misma encienda
Para en que me abrase, el fuego?
Dime, ¿dónde iré á buscarte
Cuando ave te vea hecho,
Si tú te vas por el aire
Donde no hay camino cierto?
No me demandes tal cosa
Que de imaginalla tiemblo.—
Apuleyo le replica
—Andria, á quien mas que á mí quiero,
No sean parte esós temores
Para no hacer mi ruego,
Y así te pido una cosa,
Que me declares primero